

tre diez y once, han prendido fuego á Valpison, del que solo quedan las cenizas....

—¡Oh!....

—Anoche han hecho fuego dos veces, con un fusil, al conde de Claudieuse....

—¡Gran Dios!....

—Y la justicia cree, porque tiene muy poderosas razones para ello, que el incendiario, que el asesino, sois vos, Santiago de Boiscorran.

IX

Tal como un hombre acometido de un vértigo, pálido como si toda la sangre de sus venas hubiera fluido á su corazón, Santiago de Boiscorran dirigió en su derredor miradas extraviadas.

No encontró sino semblantes tristes y consternados.

Antonio, su viejo camarista, se apoyó vacilando, en el marco de la puerta.

El escribano Móchinet permaneció con la pluma en el aire, lleno de estupor.

El señor Daubigeon inclinó la cabeza....

—¡Esto es horrible! murmuró, ¡horrible!...

Y bruscamente se dejó caer sobre un sillón, comprimiendo con sus dos manos los sollozos que rompian su pecho.

Sólo el señor Galpin Daveline no parecia emocionado.

La ley, de la que se consideraba él una imponente manifestación, no siente emociones.

Pero el pliegue de sus de'gados lábios traicionaba como el bosquejo de una sonrisa bastante reprimida; la fría sonrisa del ambicioso, contento de haber desempeñado bien su papel.

Después de un minuto de silencio que pareció un siglo, poniéndose de pie, con los brazos cruzados, delante del infortunado.:

—¿Confesais?... interrogó.

Como si hubiera sido movido por un resorte, el señor de Boiscoran se irguió.

—¿Qué? dijo, ¿qué queréis que confiese?

—Que sois el autor del crimen de Valpinson.

Con un movimiento convulsivo, el desgraciado joven se pasó las manos por la frente.

—¡Pero esa es una locura!... exclamó, ¿Yo, el autor de tal crimen, tan odioso, tan cobarde!... ¡Es posible, es verosímil!... ¡Si lo confesara, llegaríais á créermelo!... ¡No, no me lo creeríais!...

Antes llegaría á conmover el mármol de la chimenea, que al señor Galpin Daveline.

—No se trata de mí, dijo el magistrado con un tono glacial. ¿Por qué volver sobre unas relaciones que deben ser olvidadas? Aquí, no es el amigo, no es el hombre el que os habla, es el juez. Os han visto....

—¿Quién es el miserable?... .

—Cocolé.

El señor de Boiscoran pareció confundido.

—¡Cocolé, balbuceó, ese pobre idiota epiléptico, recogido por la condesa de Claudieuse!...

—El mismo.

—Y han bastado las palabras incoherentes de un desgraciado herido de imbecilidad, para que se me crea culpable de un incendio, de un asesinato....

Nunca el juez de instrucción había hecho tantos esfuerzos para conseguir aquella solemnidad que conmueve á los espíritus y se les impone.

—Durante una hora, al menos, señor, el pobre Cocolé ha hablado con la plenitud de su razón. Los designios de la Providencia son impenetrables....

—¡Ah! señor....

—¿Qué ha dicho Cocolé? Que os ha visto prender el incendio con vuestras manos, después os habeis ocultado detrás de unas cargas de leña y habeis disparado al conde de Claudieuse, dos tiros de fusil....

—¡Y eso os á parecido tan sencillo!....

—No. He dudado como todo el mundo. Parecía que estabais sobre todas las sospechas. Pero hé aquí que un instante después, llevaron al teatro del crimen una envoltura de

cartucho, que no puede pertenecer más que á vos. En seguida, llegando yo aquí á lo imprevisto, encuentro negra de carbon y con restos de papel quemado, el agua en que os habeis lavado las manos al entrar....

—Sí, murmuró el señor de Boiscoran, es una fatalidad.

—No es eso todo, prosiguió el juez inflando la voz más y más. Os interrogó y confesais haber estado fuera ayer de ocho á doce de la noche. Os preguntó el empleo de esas cuatro horas y rehusais decirlo. Insisto y mentís. Estoy obligado, para confundiros, á producir los testimonios de Ribot, Gaudry y la señora Courtois que os han reconocido en donde pretendéis no haber ido. Sólo esta última circunstancia os condena. ¿Cual ha sido, pues, el empleo de esa noche, que no podeis hacerlo conocer?... Pretendéis ser inocente. Ayudadme á esclarecer vuestra inocencia. Hablad. ¿Qué habeis hecho de las ocho á las doce de la noche?...

El señor de Boiscoran no tuvo tiempo de responder.

Haria ya un momento que subian del patio como sordos clamores, y el tumulto de una turba irritada.

Entró un gendarme muy azorado.

—Señores, dijo, dirigiéndose al juez de ins-

truccion y al procurador de la República, hay abajo un centenar de campesinos, hombres y mujeres, que quieren jugar una mala partida al señor de Boiscoran; lo piden y dicen que quieren arrastrarlo hácia el rio.... Algunos hombres están armados de horcas, pero las mujeres son las que están mas llenas de furor.... Mi compañero y yo, á duras penas hemos podido contenerlos....

Y en efecto, como para apoyar sus aserciones, los clamores se aproximaban redoblandose y muy distintamente se escuchaba gritar:

—¡Al agua Boiscoran! ¡Al agua el incendiarío!....

El procurador de la República se levantó.

—Bajad á decir á esa gente, ordenó, que la justicia interroga al prevenido y que vienen á perturbarla, que si continúan, será conmigo con quien tengan que hacer!....

El gendarme obedeció.

El señor de Boiscoran llegó á ponerse lívido.

—¡Todos esos desgraciados me creen, pues, culpable! murmuró.

—Sí, respondió el señor Galpin-Daveline, y comprenderiais su indignacion, hasta cierto punto justificada, si conceiérais los deplorables acontecimientos de la noche....

—¡Todavía más!....

—Dos bomberos de Sauveterre, de los cua-

les, uno es padre de cinco niños, han parecido en las llamas. Dos hombres, un arrendatario de Bréchy y un gendarme, han tratado de impartirles socorro y han salido tan gravemente quemados, que se teme por sus vidas.

El señor de Boiscoran guardó silencio.

—Es á vos, prosiguió el juez, á quien acusan esos desgraciados.... Ya veis cuán importante es el que os justifiquéis....

—¡Ah!.... ¡lo puedo acaso!....

—Si sois inocente, sí. Hacedme conocer el empleo de vuestra noche....

—Os he dicho cuanto podía decir....

El juez de instruccion, durante un buen minuto, pareció reflexionar, después:

—Tened cuidado, señor de Boiscoran, pronunciad, voy á verme obligado á dictar contra vos una orden.

—Hacedlo.

—Tendré que verme en el caso de haceros arrestar en el acto, para enviaros á la prision de Sauveterre.

—Sea.

—¡Confesais, pues!....

—Confieso que soy víctima de un conjunto inesperado de circunstancias. Confieso..... que tenéis razon, es preciso la idea de una Providencia para explicar ciertas fatalidades. Pe-

ro, por todo lo que hay de santo en el mundo, juro que soy inocente.

—¡Probadlo!

—¡Ah! lo hubiera hecho si me fuera posible.

—Por ahora, procurad vestiros, señor, y preparaos á seguir á los gendarmes.

Sin pronunciar una palabra, el señor de Boiscoran pasó á su gabinete de aseo, seguido de su camarista, que llevaba su ropa,

Ocupado tan solo de dictar á su escribano la última palabra del interrogatorio, el señor Galpin Daveline parecia olvidar á "su prevenido."

El viejo Antonio se aprovechó.

—Señor, dijo al oido de su amo, parece que todo ayuda.

—¿A qué?

—¡Chut!.... ¡Más bajo!.... La ventana del fondo del gabinete está abierta..... No hay más que veinte pies de altura sobre el piso del jardin.... La tierra, abajo, está floja.... Muy cerca están las entradas de las cuevas, y en el fondo está el escondrijo que conocéis.... La mar está á cinco leguas distante, tendré listo un buen caballo, esta noche, á la entrada del parque....

Una amarga sonrisa asomó á los labios del señor de Boiscoran.

—Y tú también, dijo, tú, mi viejo amigo, ¿me crees culpable?

—Oz conjuro, se fior, insistió Antonio, que respondo de todo; no hay más que veinte pies. ¡En nombre de vuestra madre!...

Pero en lugar de responder, Santiago de Boiscoran se volvió, llamando al juez de instrucción.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se acercó:

—Ved esa ventana, señor, le dijo. Tengo dinero, buenos caballos, y el mar á cinco leguas. Un culpable se habria escapado. Soy inocente, me quedo.

En un punto por lo menos, el señor de Boiscoran decia la verdad: nada le era más fácil que evadirse ganando el jardín, y con buenas probabilidades su camarista le proponia aquella retirada.

¿Y después?

Tenia, era incontestable, con la ayuda de Antonio sobre todo, algunos medios de sustraerse á todas las indagaciones. Pero era más probable, mil veces, que seria descubierto en su mismo escondrijo, antes de que pudiera llegar á la costa.

Si se hubiera resuelto á huir, ¿qué sucederia? ¿En qué país y con cuál disfraz evitaria una extradición siempre amenazante?

Seria una cosa muy distinta si lo reaprehendieran. Su situación, ya comprometida, seria entonces perdida sin recursos. Fatalmente su tentativa de fuga seria considerada como la más explícita de las confesiones.

En tales condiciones, resistir á la tentación de evadirse, y hacerlo notar á la justicia y quedar voluntariamente en sus manos, era, más que demostrar su inocencia, dar la prueba de una rara habilidad.

Hé aquí lo que con un golpe de vista creyó apercibir el señor Galpin-Daveline.

Juzgaba á los demás por sí mismo.

Calculador astuto y circunspecto, no admitia las súbitas inspiraciones ni los movimientos reflexivos.

Y con aquel acento de fría burla del hombre que hace comprender que no se deja engañar:

—Basta, señor, dijo. Esa circunstancia, como todas las demás, será reletada en el proceso verbal.

Muy diferentes eran las ideas del procurador de la República y el escribano Méchinot.

Si el juez de instrucción era demasiado ciego por sus prevenciones para no discernir, ellos habian notado muy bien cuán extrañas y diversas emociones habian pasado por el acusado.

Aturdido desde luego, hasta el punto de parecer creer en una broma de mal gusto, su actitud había demostrado en seguida la más violenta cólera, el miedo, y después el abatimiento más completo. Pero á medida que los cargos se iban acumulando, cada vez más concluyentes, y que el círculo de la acusación se iba estrechando, bien lejos de desmoralizarse demasiado, parecía que había llegado á recobrar su seguridad.

—Todo esto es muy singular, gruñó Méchnet.

El señor Daubigeon no dijo nada. Pero cuando el señor de Boiscoran salió de su gabinete, vestido y dispuesto:

—Todavía una pregunta, señor, dijo.

El desgraciado se inclinó. Estaba pálido, pero calmado y dueño de sí.

—Estoy, dijo, dispuesto á responder,

—Seré breve. Parece que os habéis sorprendido é indignado de que se hayan atrevido á acusaros. Institución humana; la justicia no puede juzgar sino por las apariencias. Reflexionad, y reconoceréis que todas las apariencias están en vuestra contra.

—Demasiado lo reconozco.

—Jurado, no vacilariais en condenar á un acusado que se encontrara en la misma situación que vos.

—No, señor, ¡no! ...

El procurador de la República saltó de su asiento.

—No sois sincero, dijo.

El señor de Boiscoran inclinó tristemente la cabeza.

—No tengo esperanzas de convenceros, señor, respondió; pero os hablo con toda sinceridad. No, no condenaría al hombre que decís, si él afirmaba que era inocente y si yo no discernía el móvil de sus acciones. Porque en fin, á menos de estar loco, no se comete un crimen por cometerlo. Ahora, os lo pregunto yo, para quien el destino solo ha tenido sonrisas, estando en la víspera de un matrimonio ardientemente deseado, ¿por qué, con qué objeto, en interés de quién había de incendiar á Valpinson, intentando asesinar al conde de Claudieuse? ...

Con una impaciencia mal disimulada, el señor Galpin-Daveline había visto al señor Daubigeon dirigir la palabra.

Se aprovechó de la ocasión que se le presentaba de intervenir.

—Vuestro móvil, señor, interrumpió, era el odio. Odiábais mortalmente al conde y á la condesa de Claudieuse. No protestéis, sería inútil; toda la población lo sabe, á mí mismo me lo habéis dicho.

Santiago de Boiscoran se puso todavía más pálido, y con un tono de imponente desdén:

—Aun cuando eso hubiera sido, dijo, no sé con qué derecho abusáis de las confianzas de un amigo, vos que proclamásteis al entrar aquí, que entre nosotros ya no existía la amistad. Eso no importa. Nunca os he dicho cosa semejante. Mis sentimientos no han variado, y puedo repetir mis palabras textualmente. Os he dicho que el señor de Claudieuse era un vecino desagradable, encasquetado en sus derechos y celoso de su caza hasta lo absurdo. Agregué: que si él declaraba mis opiniones políticas execrables, yo estimaba las suyas, ridículas y peligrosas. Por lo que toca á la condena, os he dicho sencillamente, en tono de broma, que una persona tan perfecta no era de mi agrado, y que me consideraría desgraciado al tener por mujer una especie de Madona que cruzaba la vida casi sin dignarse tocar la tierra con la punta del pie....

—¿Entonces es únicamente por eso por lo que habéis ido á apuntarle una vez al conde de Claudieuse?... Una ola de sangre más en vuestro cerebro, y el homicidio hubiera tenido sin duda su verificativo....

Un gesto terrible traicionó la cólera del señor de Boiscoran, pero dominándose:

—Mi cólera ha sido menos grande de lo que

ha debido parecer, dijo. Tengo para el carácter del señor de Claudieuse, la más profunda estimación. Es un gran dolor, agregado á otros muchos, pensar que ha podido acusarme....

—No os ha acusado, interrumpió el señor Daubigeon, al contrario, ha sido el primero y más obstinado en defenderos....

Y en despecho de las señales que le hacia el señor Galpin-Daveline.

—Desgraciadamente, prosiguió el procurador de la República, todo eso no influye en la evidencia de los hechos que os acusan. Si os obstinás en callar, os aguarda el tribunal de justicia, el presidio. Si sois inocente, ¿por qué no tratáis de justificaros?... ¿Qué esperáis?...

—Nada....

Méchinot había concluido la redacción del proceso verbal.

—Es preciso partir, dijo el señor Galpin Daveline.

—¿Me será permitido, preguntó el señor de Boiscoran, escribir algunas líneas á mi padre y á mi madre! Son ancianos y tal acontecimiento podría matarlos....

—¡Imposible! dijo el juez.

Y dirigiéndose al viejo Antonio:

—Voy á poner los sellos en esta pieza, dijo, de la que se reís provisoriamente el guardian... Sabeis á qué obrevigilancia estais obligado y

qué penas se os serán impuestas si la justicia no encuentra las piezas de convicción descritas en el proceso.... Ahora, ¿cómo volver á Sauveterre?

Después de una madura deliberación fué resuelto que el señor de Boiscoran haría el camino en un coche suyo, en el cual subiría un gendarme.

El señor Daubigeon, el juez de instrucción y el escribano, volverían á tomar el carruaje del corregidor, siempre conducido por Ribot, que estaba furioso por haberlo dejado vigilado.

—Bijemos, dijo el juez cuando las últimas formalidades fueron llenadas.

Santiago de Boiscoran bajó lentamente.

Sabía que el patio estaba lleno de gente furiosa y esperaba oír sus aullidos.

Se equivocó.

El gendarme despachado por el señor Daubigeon había cumplido bien su misión, pues ya no se escuchaba un grito.

Pero cuando hubo tomado lugar en su coche y el caballo partió al trote, se elevaron maldiciones frenéticas y fué lanzada una lluvia de piedras, de las que una hirió al gendarme en la frente.

Derididamente llevais la desgracia mi acusado, dijo este hombre que era un amigo del

que había sido cruelmente herido en Valpinson.

El señor de Boiscoran no respondió.

Se sumergió en un rincón y pareció caer en un aniquilamiento del que no salió sino en el momento en que el coche se detuvo en el patio de la prisión de Sauveterre.

En el dintel de la cárcel, el carcelero, maese Blangin, esperaba, sonriendo ante la idea de poseer un prisionero de aquella importancia.

—Voy á conducirlos á la mejor habitación, señor, dijo al desgraciado; pero necesito antes dar un recibo al gendarme y asentar vuestro nombre en el registro de la cárcel.

En efecto, anotó su registro, escribiendo el nombre de Santiago de Boiscoran a ajo del de Frumencio de Cheminot, un vagabundo detenido la vispera, en el momento en que hacía un escalamiento por remate de cuenta.

Era un hecho: Santiago de Boiscoran estaba preso é incomunicado....